



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid. { Un Mes..... 1 peseta.
 { Trimestre..... 2.50
 { Año..... 10

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 números, 2,50 ptas.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En provincias. { Un Trimestre..... 3 pesetas.
 { Semestre..... 6
 { Año..... 12

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve el QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

Núm. atrasado, 30 cts.

Número suelto, 15 céntimos.

ESTE PERIODICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

AÑO I

Director: J. OSORIO PÉREZ CASTAÑÓN

NÚM. 20.

GAUDEAMUS

Todo es júbilo en la calle de la Comadre.

El chico de la señora Bonifacia celebra sus días, y como ella tiene un establecimiento de mondongo y ha hecho bastantes favores, y en vida de su marido, que era alcalde de barrio, cada cual hacía lo que le daba la gana, pues él era un padre para los borrachos, todos los vecinos querían obsequiar á la criatura.

Desde muy temprano la señora Bonifacia se ha puesto su buen vestido de cubica y su pañolón de Manila y sus arracadas de diamantes y el chico le ha adornado con un traje de marinero, comprado en una casa de préstamos de la calle de Embajadores, que da gloria verle; no porque el chico sea guapo, que más bien parece un perro de lanas desmirriado, sino por lo bonito del traje azul, con trencillas verdes y dos anclas de metal en el cuello tamañas como dos palmar-torias.

—¡Anda, anda!—decía una vecina.—Cuidao si ha puesto usted lujoso al chico, señá Bonifacia.

—¿Qué quiere usted, hija?—contestaba la viuda de la autoridad.—Si una no se conduce como quien es, dirían que una es miserable y que una no piensa más que en economizar, y ya que una tiene cuatro cuartos gracias á Dios y á mi difunto, hay que lucirlos.

—Ya se ve que sí. ¿Y qué? ¿Va usted á tener convite?—Tanto como eso, no señora; por que todo se ha puesto muy caro y hay que pensar en la familia, por si mañana vienen mal las cosas y tengo que dejar el mondongo; pero pienso osequiar á los que vengan, con buen vino de Arganda y polvorones finos.

—Vaya, pues que de salud sirva.

—Gracias, señá Orosia.

—A las diez comenzaron á llegar los vecinos á casa de la ex lealdesa. Iban con el traje de ceremonia, por pelotones, y todos deseaban ver al chico y darle la en horabuena y hacerle caricias, para ganarse la voluntad de la madre, que estaba muy contenta de verse obsequiada, pues jamás de su vida pudo ella figurarse que había de llegar á tanta altura.

—Señá Bonifacia—dijo uno de los visitantes que hacía cabeza.—Aquí venemos unos cuantos amigos á ver á usted y al muchacho, porque basta que sea hijo de su padre...

—Que era un barbián—interrumpió otro de la patulea sin poderse contener.

—Cáyate, Nemesis, que estoy hablando yo—dijo el presidente.—Pus decía á usted, señá Bonifacia, que aquí venemos los amigos del barrio á traer al chico un corto osequio, por ser hoy sus días, y malegraré que lo disfruten ustedes con salud y que sea por muchos años.

Y al hablar así, el vecino presentaba á la viuda dos quesos de Villalón, que podían pasar por dos retratos de familia.

—¡Ay, qué gusto!—gritó el chico palmoteando.—Yo quise queso, yo quise queso.

Pero la mamá, que es larga como pelo de Urrecha, cogió el regalo y lo encerró en la cómoda murmurando:

—No, hijo mío, no. Hay que economizar, que los tiempos están muy malos.

El presidente de la corporación llevaba embotellado un discurso y hubo de soltarlo, á pesar de las muestras de impaciencia que daba la viuda.

—Señá Bonifacia—dijo el hombre con voz campanuda.—Toos los vecinos del barrio saludan á usted por mi conducto, y pensábamos entre toos regalar al chico media docena de botellas de hígado de bacalao que las nesecita bastante; pero luego pensamos que lo mejor será que ustedes las compren y nosotros las pagaremos, como de costumbre. ¡Viva la señá Bonifacia!

—¡Viva!—contestaron todos.

—¡Viva el chico!

—¡Viva!

—¡Viva toa la familia!

—¡Vivaaaaa!

La alcaldesa se conmovió ante aquellas muestra-

ciones de afecto, y para ocultar sus lágrimas dijo á los vecinos:

—Ea, pasen ustedes al comedor y á tomar una copita... ¡Sebastiana! Saca los bollos y vete á por dos limones pa hacer una sangría, que el día está mu caluroso y estos cabayeros vienen sofocados.

Salió la criada y al poco rato volvió con los limones.

—¿Cuánto tan costao?—preguntó la viuda.

—No me los han querido dar menos de un perro grande cada uno.

—¡Jesús! ¡Qué robo!

—Dicen que hay una enfermedad muy mala en toa la fruta.

—Valientes pillos están toos los frutereros... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Veinte céntimos por dos limones tísicos!... ¡Qué escándalo!

Los vecinos, en cuanto vieron el peleón, comenzaron á beber copa tras copa, hasta agotar el frasco, y hubo hombre que en menos de lo que se cuenta se comió tres bollos, y si se descuida el ama de la casa, hubiera acabado por comerse un Niño Jesús, de yeso, que estaba sobre la cómoda bajo un fanal rodeado de flores de trapo.

A la viuda un color se le iba y otro se le venía, porque aquella gente no cesaba de engullir, y al fin pretextó que le dolía la cabeza y que el chico estaba manchando el traje nuevo y quería quitárselo: con lo cual los vecinos comprendieron que debían retirarse no sin decir á la dueña de la casa:

—Conque, que haya salud y que los tengan ustedes muy felices y que sea por muchos años.

—No serán muchos—contestó ella.

—¿Por qué?—preguntó el presidente.

—Porque no creo que haré los huesos muy duros.

—Así sea—decimos nosotros.

Correspondencia particular

Carta que escribió un paleta el día de San Isidro á D. Rufo Zampatorras, gran cacique en su distrito.

Aquí estoy porque he llegado, ó mejor porque he venido, desde el sábado á la tarde, la víspera del domingo. Salió nuestro diputado á recibirme solícito, y me trajo la maleta desde la estación él mismo. Es un hombre incomparable ¡tan simpático y tan fino! Igual carga con un mueble que echa un discurso magnífico.

Y yo, si había de darle uno ó dos ó medio á un chico por el viaje, obsequié al hombre y se quedó agradecido.

Dije después que quería conocer á los ministros y me prometió al instante satisfacer mi capricho.

Y, efectivamente, anoche por fin los he conocido, pues salían de un consejo que aquí llaman consejo.

¡Y vaya un chasco, D. Rufo!

Tiene razón el sobrino del albeitar: son los hombres lo que se dice unos tipos.

Cánovas es algo chato, y además de chato bizco, y tiene calva la frente

y el bigote de cepillo.

Ya ve usted que el boticario es más feo que un castigo; pues comparado con este puede pasar por bonito. Azcárraga no llevaba uniforme, iba vestido de paisano, y parecía mayormente un arzobispo. Si llega á salir echando bendiciones, me arrodillo, creyendo que estoy delante de cualquier reverendísimo. ¿Beránger? No habrá quien diga ni conozca que es marino: más parece un fiel de fechos retirado y aburrido. Cos-Gayón es el que tiene cara de pocos amigos; podría servir de coco para asustar á los niños. En cambio Linares Rivas es buen mozo y presumido y hasta joven, comparado con los otros marmolillos. Parece más que otra cosa un aguador en domingo con un traje desechado de cualquiera señorito. El duque de Tetuán... ¡hombre! lo va usted á dudar... pues digo que así al golpe y de pasada me pareció poco limpio. No es asegurar que fuera sucio, sucio; pero afirmo que pedía el traje un poco de bencina á voz en grito. Concha Castañeda, un viejo ya sin fuerzas y sin brío... ¡Le daba su brazo Elduayen que debe andar con el siglo! Romero no fué al consejo y por eso no le he visto; dicen que está algo malucho y que no es ya aquel gallito. En fin, D. Rufo, he quedado mayormente sorprendido, ¡que estas fachas y estas fechas dirijan nuestros destinos! Usted vale más que todos y es mejor mozo y más listo; véngase usted á la corte y llegará usted á ministro. Que así sea, y que lo vea su servidor—Palomino.

PIDALETE

Los conservadores de Oviedo han acometido á los liberales en plena Junta del Censo, cruzándose lapos de más ó menos consideraciones entre ambas respetabilísimas colectividades monárquicas. Como se ve, los hombres de orden suelen zurrarse la badana cuando llega la ocasión, cosa que estaba reservada únicamente á los «pícaros» republicanos, según testimonio de los defensores de la monarquía secular... y suculenta.

Ya se sabe que los conservadores de Oviedo obedecen las órdenes de Pidalete, ese obispo *in partibus*, que tiene trece hijos y se propone llegar hasta la docena y media.

Pidalete dice desde aquí á sus fieles amigos:

—¡Chuchos! ¡No me dejes un fusionista con cabeza!

Y ellos, en clase de *bul-dogs*, se lanzan contra las pantorrillas de sus enemigos.

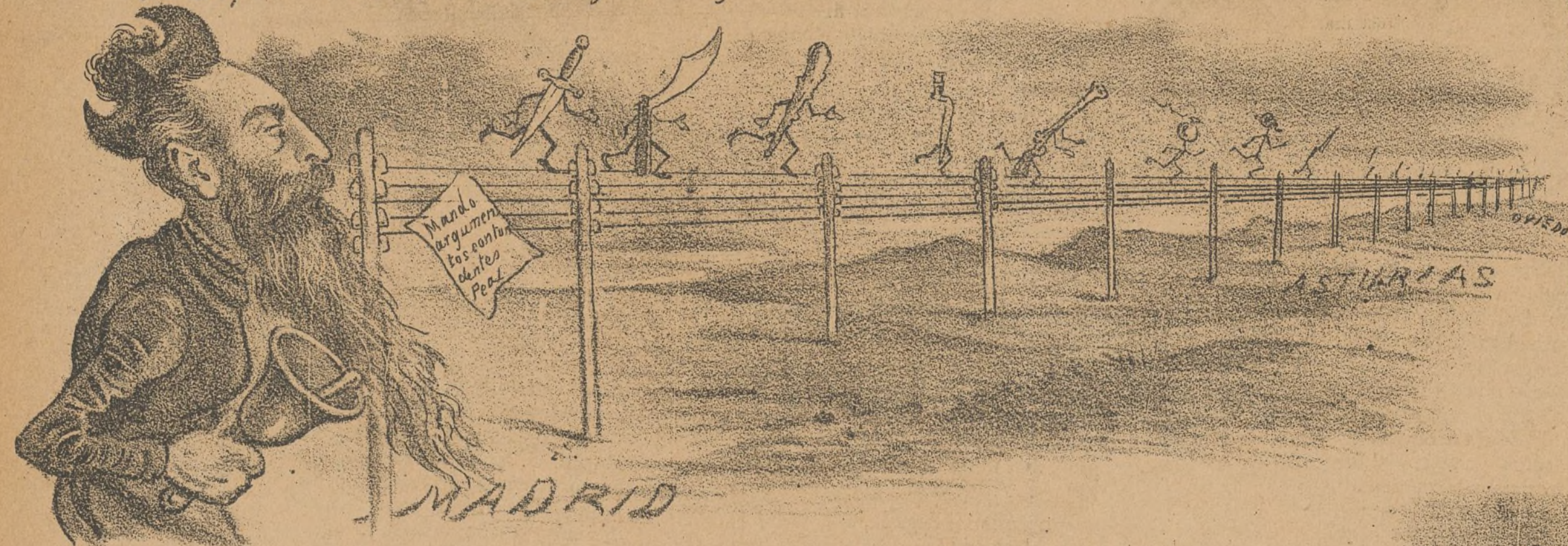
Un país así da gusto.

Pidalete es el amo. Allí nadie tiene derecho á co-

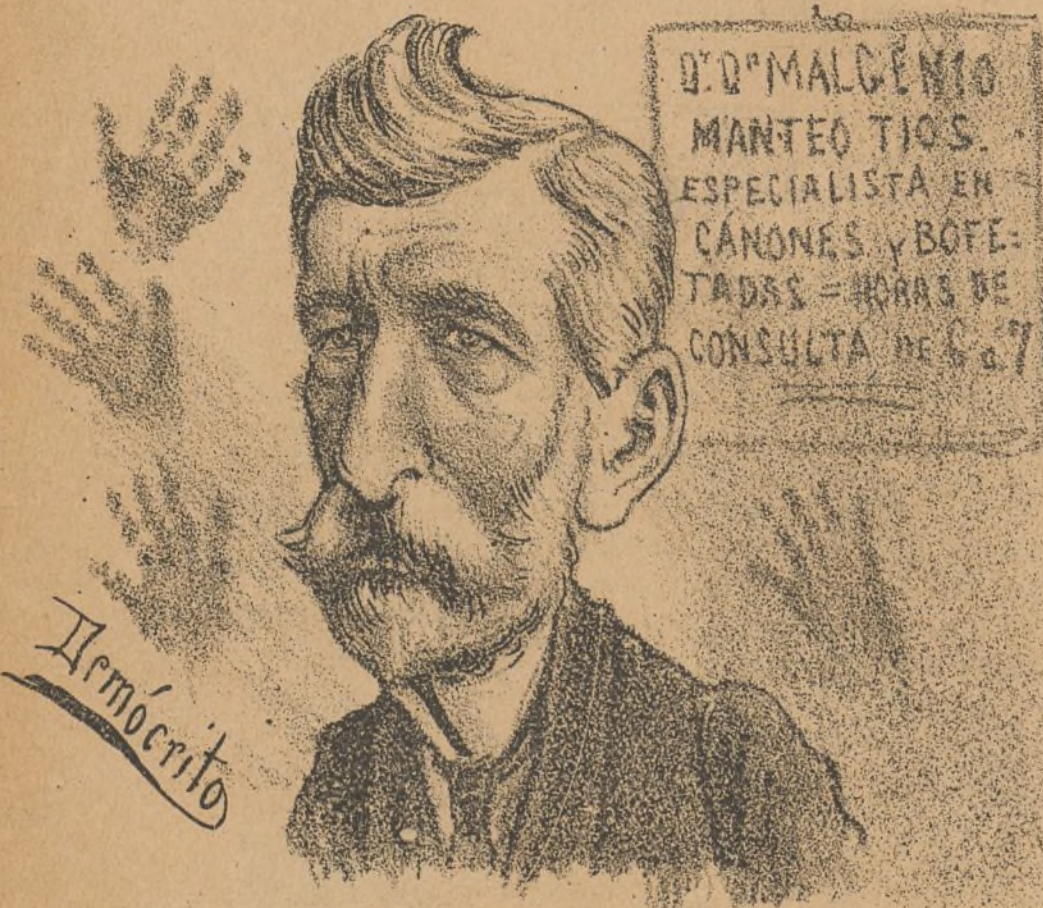
DON QUIJOTE



Los fusiles de desecho del ejército alemán en España servirán. ¡Que gran negocio hemos hecho!



Argumentos liberales que manda el Padre Peal a la Junta del Censo.

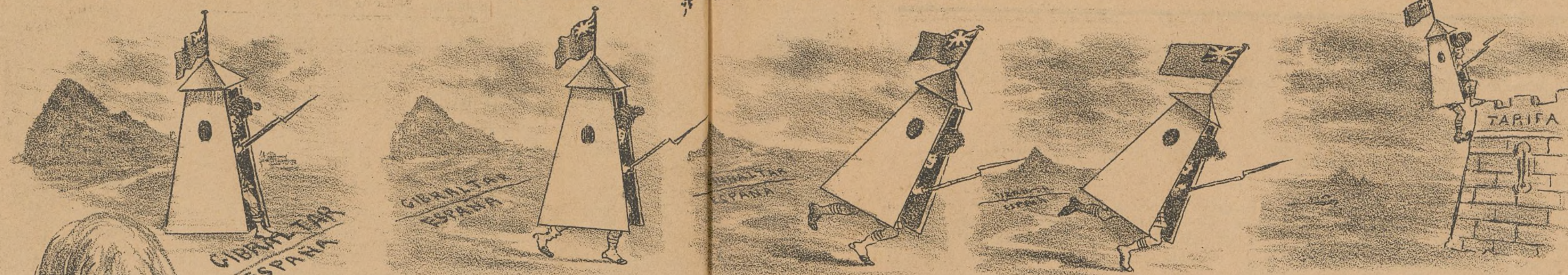


Esta semana no ha picado ningún cliente.



Como quedaron los espinazos de los que fueron a Belen por ver al niño

Manera de que una garita arde: Se mete un centinela inglés y la garita ganará terreno a costa de España.



¡DESPERTAD QUE YA ES HORA!



Huelga de RATAS inglesas: Palmes arenga a las filas por lograr ciertas promesas y por tomarnos por lilas.



Cuentan de un burro, que un día su AMO el rey le maltrataba,

pues la paja le quitaba y en la oreja le mordía.

¿Habrá otro, entresí decía, mas desdichado que yo?



Y cuando el rostro volvió, hayó la respuesta viendo al PUEBLO ESPAÑOL sufriendo, lo que ninguno aguardó.



¿A donde está el taleguillo? Esto no es rompe cabeza, esto es un rompe bolsillo.

Lit. Romillo Fuentes. 11. MADRID.

mer, ni á casarse, ni á jugar á la brisca sin su permiso, y á cada paso recibe cartas del tenor siguiente:

«Sr. D. Alejandrito: Yo quiero mandar hacer un corsé-faja para mi señora, que tiene el abdomen lo mismo que el de un sufraganeo, aunque sea mala comparación, pero no me atrevo á nada sin que usted me autorice. ¿Puedo encargar la faja? Suyo hasta el sacrificio, y me quedo corto.—*Pumariega.*»

Pidalite ha hecho de aquel hermoso país un feudo, y el día menos pensado echa abajo las casas y lo siembra todo él de paja y algarroba, á fin de proporcionar alimento abundante á sus correligionarios los mestizos.

Por de pronto allí campan por sus respetos, y no tienen más rey ni más Roque, que D. Alejandro. Ahora se trata de traer á las Cortes á un súbdito de este señor, que es capaz de tragarse todo el pan eucarístico de España en cinco minutos, y las huestes pidalinas despliegan todo su ardimiento en pro de esta candidatura. Se les pone delante un fusionista, pues palo y tente tieso; se les atraviesa un elector de oposición... mordisco; se resiste á votar un ciudadano... patada en el bandullo, y así sucesivamente.

Pidalillo hace cuanto le viene en ganas; el país escandalizado protesta contra semejante enormidad y pide justicia...

Pero D. Antonio tiene debilidad por este obispo barbudo y productor de proles numerosas, y cuando le hablan de los desafueros cometidos, contesta sonriendo:

—¡Bah! Dejemos que Alejandrito se las busque como pueda. El día que le quitaran la importancia política, ¿qué sería de él? Probablemente le veríamos en San Luis, apagando las velas y guardándose los cabos, en clase de sacristanuco, que es para lo que ha sido creado por la naturaleza.

LANZADAS

Quiere un diputado que el ministerio de Fomento no dé cantidad ninguna para premios de las carreras de caballos.

Y eso es pretender que el Gobierno conservador acabe de perder su prestigio.

Pero, hombre, ¿qué se diría en las cuadras?

* *

Además, sin la subvención del Gobierno puede que tuvieran que suprimirse las carreras.

¿Y adónde iríamos á jugarlos el dinero?

No nos quedaban más que los frontones de pelota, los círculos y la lotería.

¡Ah! Y la Bolsa.

—Ha llegado de Sevilla

la condesa de París.

—Ha ido á Aranjuez la condesa.

—La condesa está en Madrid.

—La condesa fué ayer tarde

á la iglesia de San Luis...

Lector: ¿á usted que le importa?

¿Me lo quiere usted decir?

El martes fueron á Aranjuez comisiones del Congreso y del Senado.

Por cuenta del país, y en trenes especiales, por supuesto.

No iban á ir en esos vagones abominables de los trenes ordinarios.

Esos se reservan para los que pagamos los billetes.

Ya hace bastantes días

que Canga-Argüelles

no canta en el Senado

ningún motete,

y el pobre Elduayen

ni amenaza, ni riñe,

ni asusta á nadie.

Parece que Cánovas ha tenido un enfriamiento. Ya sabemos como fué.

Conferenció con el general Martínez Campos.

Y éste le soltó alguna de las suyas.

O un par.

—¿Se ha cubierto la vacante

de capitán general?

—No; y, sin embargo, no ocurre nada de particular.

Toda Italia quiere que se hagan economías en Guerra.

Pero no puede ser por ahora.

Para hacerlas tiene que ir el rey á pedirle permiso al emperador de Alemania.

Ahora se convencerán ustedes de lo buena que es la monarquía.

Los italianos ro pigan más que un rey.

Y disfrutan de.

A Concha un paleta vió
y le causó tal espanto
que al punto se santiguó.
¡El infelice creyó
que era la imagen del Santo!

El otro día se reunieron á comer en casa del señor Silvela trece conservadores depeso.

¡Trece!

Pues nada, tan tranquilos.

En tratándose de comer no hay conservador que tenga preocupaciones.

Sin embargo, ya se verá como ocurre una desgracia, y ojalá sea una sola.

Al país.

Los dos faltos de conciencia
y ya dados al demonio:
Lagartijo y D. Antonio
estaban en decadencia.
Rafael con heroísmo
al fin se rehabilitó...
¿Qué apostamos á que no
hace Cánovas lo mismo?

Da gusto ver como los conservadores hacen las elecciones en Asturias.

Asisten los adversarios á la Junta del censo, y les pegan cuatro bofetadas.

¿Chillan? A la cárcel.

Y así sucesivamente.

¡Ah! ¿Creen ustedes que no les podrían hacer más?

¡Vaya!

Les podrían cantar un himno de Jove y Hevia.

—Hoy, dijo, es el Santo
de nuestro señor.

—Yo no sirvo á nadie,

contestele yo.

—Hablo del monarca.

—Pues ¿qué santo es hoy?

—Mira el almanaque.

—¡San Pascual Bailón!

Ya habrán leído ustedes que ha alcanzado un gran éxito en Barcelona la ópera nueva de Bretón.

Pero en Barcelona había de ser.

Ya se verá como no gusta á los sabios de Madrid.

A los que se han hecho inmortales poniendo á las melodías extranjeras acompañamiento de guitarra.

* *

Aquí el único que estará regocijado es D. Pascual Arrieta, antes D. Emilio.

Por que es el maestro de Bretón.

¡Se habrá alegrado como de un triunfo propio!

Mi enhorabuena, D. Emilio.

Es decir, D. Pascual.

A principios de junio

se van á celebrar

órdenes generales

en Madrid-Alcalá.

¿Generales? ¡Canastos!

¡Vaya una atrocidad!

Conste que DON QUIJOTE

no se quiere ordenar.

¿Qué cosas cuentan estos monárquicos para conmovernos!

Y á nosotros que somos tan sensibles.

«Una vez se encontraron un hijo del rey y el hijo de un mendigo vagabundo.

Y enumeró el primero lo que tenía, y le preguntó al otro: ¿qué tienes tú?

El otro contó lo que le faltaba, pero dijo que sabía lo que es libertad.»

Y concluye el narrador:

«Cuando se separaron los dos niños, el rey tuvo envidia del hijo del mendigo.»

¡Puede!

Pero no cambió con él.

Y, por lo visto, ni siquiera le dió limosna.

Hablando del Centenario

preguntaba don Arsenio:

—Diga usted; ese Colón

¿es teniente de Farnesio?

Y le contestó Linares,

erudito aunque gallego:

—Es un primo de Veragua

que descubrió el archipiélago.

Va á celebrarse un congreso literario hispano-americano etc., de cuya junta directiva forma parte Fabié.

¿Fabié literato?

¡Dios mío! No ha podido llegar á menos nuestra literatura.

Sólo hubiera llegado á menos en el caso de que fuese elegido el ordenanza de nuestra redacción.

Bien que este escribe con más sencillez y hasta tiene su májia de ortografía.

Después de haber anunciado los periódicos el triunfo del candidato republicano en el distrito de Tarrasa, resulta que el elegido es Sedó, ministerial, protegido por el Gobierno.

Esto prueba en puridad
aquí y en el mundo entero,
que se ha volcado el puchero.
¡Y viva la libertad!

Ha declarado el beatífico general Azcárraga que no puede hacer economías en el presupuesto de la Guerra.

Es natural. ¡Un hombre que tiene que mantener cuatro caballos por cuenta del Tesoro! Es lo que él dice:

—Sólo en cebada me gasto un dineral todos los días.

Y eso que el general no tiene que mantener á los demás caballos del partido, porque á esos los mantiene directamente D. Antonio Cánovas.

Los suelta en la Huerta y cada uno se las busca como puede.

Que si vale Lagartijo
más que los toreros todos;
que si Elizegui es un genio;
que si Portal es un monstruo;
que si Romero Robledo
es orador portentoso;
que si vale gobernando
más que Bismarck, Don Antonio;
que si Villaverde es bello;
que si Linares es pollo;
que si Concha Castañeda
va á salvar nuestro Tesoro...
¿Pero esta es una nación
ó es una jaula de locos?

Al almuerzo con que obsequió el Sr. Silvela en Aranjuez á sus correligionarios, acudieron 13 comensales.

Pues antes de un año morirá uno: el sentimiento dinástico; bien que ese no estaba entre los comensales. Le habían metido debajo de la mesa.

Dice *La Epoca* que la menoridad de Alfonso XIII no puede ser más apacible y beneficiosa para la patria.

Efectivamente: el comercio nada en la opulencia; la industria se desarrolla en medio de la mayor felicidad, y nuestros fondos suben...

Y á los electores liberales de Oviedo les largan cada paliza que parte los corazones.

Sin contar los robos, atropellos, desfalcos, abusos y demás apacibles beneficios que disfrutamos bajo la paternal tutela del Gobierno conservador.

Leo:

«Ha llegado á Madrid el senador Sr. Marqués de Francos.»

Pues, *francamente*, la noticia nos tiene sin cuidado.

De un periódico ministerial:

«En la pradera no ha ocurrido novedad este año, lo cual prueba que las costumbres se modifican en sentido moralizador.»

¡Oh, colega! Eres un lince;
bendiga Dios tus miradas...
No se dieron más que quince
ó dieciséis puñaladas.

Romero Robledo no pierde una corrida de toros, y además lee todas las revistas, según dice uno de sus biógrafos entusiastas.

Coloca sobre una silla
los periódicos primero,
y después dice al portero:
—Pérez, dame *La Puntilla*.

El Gobierno español ha ido á Alemania á comprar fusiles.

Fusiles de deshecho.

Bien que aquí todo nos lo dan usado; empezando por los fusiles y concluyendo por los ministros.

¿Quiere usted ministro más de deshecho que Cos-Gayón?

¿Pero, qué? ¿Ya se ha echado en olvido el asunto de los cinco millones de pesetas que ha entregado á la Trasatlántica Romero Robledo?

Mucho hablar en los primeros días, mucho escandalizarse, mucho pedir justicia, y hoy nadie se ocupa en el asunto porque dicen que Romero Robledo está malo de la nariz y es preciso respetarle.

Nosotros, á pesar de la nariz, seguiremos diciendo siempre:

—¿Pero, qué? ¿Los ministros pueden disponer de los millones del país? ¿Tienen derecho á prestar *nuestros* fondos? ¿Reina ya la anarquía en este desventurada nación? ¿Se prende á Debast y Ferreira y no se persigue á los que rompen con todas las leyes y proclaman el caos como principio de Gobierno?

Y no decimos más, por no ofender á Ordóñez (Ezequiel) el subsecretario cariñoso de Ultramar y ama de cría seca de Romero Robledo.